

LA U.C.V. CONTRA LAS CAPUCHAS

La Universidad Central de Venezuela es, una de las instituciones más antiguas y fecundas del país. Este año celebra sus primeros 275 años y, entre muchas otras cosas, más del 65% de la investigación científica realizada en Venezuela es el resultado del trabajo de sus investigadores. La UCV ha tenido una importante participación en la mayoría de los hitos históricos de nuestra nación, desde la propia gesta de la independencia, pasando por la generación del 28 y la resistencia contra la última dictadura militar, hasta nuestros días. Infinidad de personajes que de una forma u otra han conducido los destinos de la nación han salido de sus aulas.

Samuel Pérez

La lista de aspectos positivos relacionados con la UCV podría continuar casi ad infinitum; sin embargo, esto no quiere decir que la universidad esté exenta de problemas. Lamentablemente, de un tiempo ya largo a esta parte, la UCV es mucho más conocida en el ámbito nacional y especialmente en el contexto caraqueño, no por sus innumerables logros y aportes, sino por un incómodo fenómeno que desde su interior se vuelca con regularidad, casi todos los jueves para ser más exactos, hacia las calles aledañas a la Ciudad Universitaria; nos referimos por supuesto a “los encapuchados”.

UNA MIRADA A LA HISTORIA

La UCV no ha podido escapar al proceso de deterioro e ilegitimación que ha afectado a la mayoría de las instituciones del país. Luego de la derrota de la insurgencia de la izquierda por la vía de la lucha armada a finales de la década de los sesenta y especialmente después de la intervención de 1970, la estructura organizativa impuesta a la universidad, de corte eminentemente burocrático, permitió que el reparto clientelista de las cuotas de poder interno por parte de los diferentes partidos políticos fuera socavando los espacios de participación democrática de la comunidad universitaria. La práctica política concreta de los partidos en la UCV, al igual que en el resto del país, determinó un progresivo proceso de desmovilización de la comunidad ucevista y la generación de un fuerte ambiente de rechazo a todo lo que viera que ver con lo político.

A comienzos de la década de los ochenta, grupos de disidentes de varias organizaciones políticas, especialmente de la izquierda, promovieron la creación de movimientos independientes, tanto estudiantiles como profesoraes. La intención de estas nuevas organizaciones era replantear por completo las formas de hacer política, criticando duramente las prácticas de los partidos tradicionales y proponiendo estructuras horizontales mucho más democráticas y partici-

pativas. Estos movimientos constituyeron propuestas refrescantes que durante cierto tiempo consiguieron reanimar la vida política universitaria; sin embargo, estos grupos cometieron el error de no transformar las distintas instancias de representación de la estructura universitaria (cogobierno, centros de estudiantes, FCU, etc). La dinámica burocrática terminó por desgastarlos, generándose nuevamente enormes vacíos políticos en la universidad.

Paralelamente, la situación nacional y, por supuesto la de la universidad, siguió deteriorándose a pasos agigantados, lo cual determinó entre otros factores la agudización de la protesta frente a toda una serie de gobiernos que cada vez se colocaban más lejos de los intereses de las mayorías. Como quiera que al mismo tiempo la organización se diluía cada día más y los vacíos de participación eran cada vez mayores, el escenario de la protesta fue siendo poco a poco ocupado por grupos extremistas y radicales, como Bandera Roja, UJR o Desobediencia, despojos de la antigua lucha guerrillera, aun cuando eventualmente, y dependiendo del tipo de reivindicación, pequeños grupos de estudiantes podían incorporarse a las protestas.

En este contexto, la capucha surge inicialmente como un instrumento de autodefensa frente a la desmedida represión de los cuerpos de seguridad del Estado, los cuales siempre han sido muy eficientes en la detención y tortura de cualquiera que proteste en las calles de este país. Pero en la medida en que los vacíos políticos se hacían cada vez mayores y la protesta se fue desvirtuando, la capucha, apoyada en el principio de la inviolabilidad del recinto universitario, se convirtió en un elemento útil para la infiltración de toda clase de sujetos; desde los tradicionales enemigos de la universidad que buscaban enlodar su imagen, pasando por los estudiantes de educación media manipulados por los grupos radicales antes mencionados, hasta un amplio abanico de delincuentes comunes y maleantes.

Rápidamente, esta situación dejó de ser exclusiva de la UCV, para comenzar a manifestarse en otras casas de estudio del país, particularmente la Universidad de Carabobo, LUZ y la ULA. Al cabo de varios años, las universidades, que antes se encontraban a la cabeza de los espacios intelectuales de la nación, comenzaron a ser percibidas por la gran mayoría de la población como el territorio de lo indeseable. A medida que las actuaciones de los encapuchados se hacían cada vez más violentas e irrespetuosas de los ciudadanos, las universidades comenzaron a perder su prestigio. Paradójicamente, las conductas irreflexivas de unos grupúsculos prácticamente insignificantes comenzaron a empañar una extraordinaria cantidad de aportes hechos día a día por las universidades nacionales en beneficio del país.

En el caso de la UCV, con algunas honrosas excepciones, la dirigencia universitaria comenzó a arrastrar una larga historia de pérdida de autoridad y credibilidad. En los últimos diez años, casi ninguno de los equipos rectorales fue capaz de hacer algo para resolver el problema de los encapuchados, el cual, aunque a simple vista pudiera parecer muy simple, terminó convirtiéndose en un proceso bastante complejo. A pesar de que, en la mayoría de las oportunidades, los encapuchados usaban consignas universitarias en sus acciones, en la medida en que sus acciones se hacían más criminales, cada vez más servían de excusa para propiciar una nueva intervención de la universidad en cualquier momento. De hecho, incluso dentro de la propia comunidad universitaria, cada vez más gente comenzaba a pronunciarse por la intervención de la fuerza pública como salida al problema.

EL REFERÉNDUM

Como producto de este reciente debate y de la conciencia existente de lo potencialmente peligroso del problema, el equipo rectoral, elegido hace aproximadamente un año, decidió implementar un conjunto de propuestas orientadas a lo-

grar la erradicación definitiva del problema de los encapuchados del seno de la UCV. Inteligentemente, estas autoridades se percataron de que, para que dichas propuestas tuvieran éxito, debían contar con la suficiente legitimidad como para ser capaces de movilizar a toda la comunidad en su favor. Por ello, decidieron convocar a un referéndum para que los ucevistas decidieran cuáles de las propuestas del equipo rectoral estaban dispuestos a apoyar. Este referéndum fue convocado para el día martes 27 de mayo y, a pesar de que los grupúsculos de siempre, BR, UJR, Desobediencia, etc., realizaron un llamado a la abstención, y los más anarquizados e incontrolables, conocidos como "los locos" amenazaron con tomar acciones violentas en contra de todo el que acudiera a votar, la comunidad universitaria acudió a manifestar su protesta en contra de los encapuchados.

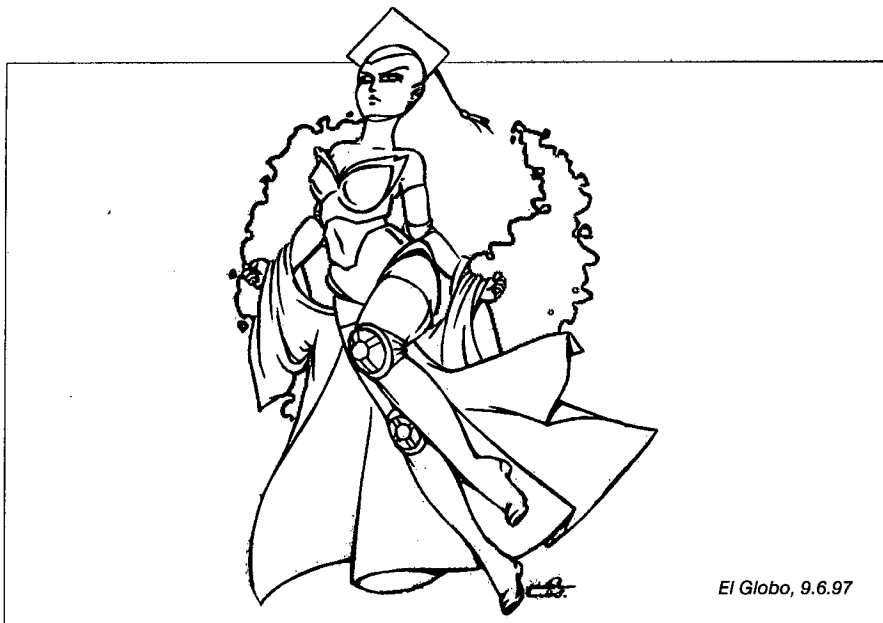
Los resultados preliminares, conocidos al día siguiente del referéndum, señalaron que 16.922 miembros de la comunidad ucevista, acudieron a expresar su opinión. De ellos, el 94% apoyó enfrentar a los encapuchados. El 60% de los consultados se manifestó de acuerdo con colocar las puertas en los accesos, el 74% apoyó la medida de capturar a los encapuchados, el 51% estuvo a favor de movilizarse y un contundente 86% cree que la UCV debe organizar y participar en mecanismos legítimos y pacíficos de protesta.

Entre quienes se abstuvieron, resaltan los empleados de la universidad y los funcionarios del cuerpo de vigilancia interna, entre quienes acudieron a la con-

sulta apenas el 5 y el 7%, respectivamente. Este fenómeno sugiere la posible incidencia de los encapuchados y de los grupos más ultrosos entre estos dos sectores. En medios de prensa trascendió, por medio de algunos miembros de la comunidad ucevista consultados al respecto, que un número importante de los empleados y de los vigilantes tenían vínculos familiares, amistosos o políticos con las personas que están detrás de los encapuchados o con los encapuchados mismos, razón por la cual no asistieron a las urnas. Otros argumentaron tener temor de las posibles represalias de los grupos radicales.

Obviamente, el referéndum no es la panacea para el complejo fenómeno de las capuchas, pero sí puede significar el primer paso, para la recuperación del espacio de la protesta cívica, la movilización de una muy buena parte de la comunidad universitaria para la solución de sus problemas y la reivindicación del prestigio de nuestras universidades. A partir de los procesos que pueden iniciarse con el referéndum, que compromete seriamente a las autoridades y a la comunidad ucevista a poner en práctica las medidas abrumadoramente aceptadas, tal vez pueda volver a pesar más todo lo bueno que hacen nuestras universidades que la voluntad absurda de unos pocos equivocados. Es posible que, aunque a veces provengan de su propio interior, la UCV pueda seguir siendo la casa que vence las sombras. □

Samuel Pérez es sociólogo, responsable del Programa de Oferta Formativa del Centro Gumilla.



El Globo, 9.6.97